

## INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

### PLAN.

**PRIMERA CONSIDERACIÓN.**—Amarguras del Corazón de María desde su nacimiento hasta la vuelta de Egipto.

SUBDIVISIONES.—1. Vista del estado del mundo.—2. María en el Templo.—3. Su unión con San José.—4. El establo de Belén.—5. La Espada de Simeón.—6. Huida á Egipto.

**SEGUNDA CONSIDERACIÓN.**—Amarguras del Corazón de María desde el regreso de Egipto hasta el Calvario.

SUBDIVISIONES.—1. Jesús hallado en el Templo.—2. Estancia en Nazareth.—3. Vida pública de Jesús.—4. Pasión.—5. Martirio de María.—6. Constancia de María.

*Ne vocetis me Noemi, id est pulchram, sed vocate me Mara, id est amaram, quia amaritudine valde replevit me Omnipotens.*

No me llaméis Noemi, esto es, hermosa; llamadme Mara, ó sea, amarga; porque el Omnipotente me ha colmado sumamente de amargura.

(RUTH, I, 20.)

**E**N este día solemnizamos, M. A. H., los inefables dolores de María. Y pues que su corazón de Madre la hace sensible á todo cuanto nos interesa; puesto que participa de nuestra felicidad y de nuestros infortunios, ¿no es también justo tomemos parte en su martirio, bien así como en su gloria? Quejándose un día á una de sus más fieles servidoras, de la insensibilidad de ciertas almas hacia lo que ella sufría al pié de la Cruz de su Divino Hijo, decíala estas palabras: «Busco con la vista si hay alguno que se compadezca y medite mi acerbo dolor:» *Respicio si forte sint qui compatiantur mihi, et recogitent dolorem meum.* (Rev. S. Brig.) En aquel día memorable en que el Calvario oyó el último suspiro, y fué regado con la sangre del Hijo de Dios, el martirio de su divina Madre fué tan cruel, que, en sentir de San Bernardino de Sena, si se hubiese repartido entre todos los hombres, hubiera bastado para hacerlos morir: *Tantus fuit dolor Virginis, quod si in omnes creaturas que pati possunt dividiretur, omnes simul interirent.* Cuanto la crueldad de los tiranos hiciera sufrir corporalmente á los mártires, es nada, al decir de San Anselmo, comparado con lo que padeció María en su corazón en aquel día en que se consumó la Redención del linaje humano: *Quidquid crudelitatis inflictum est corporibus martyrum, leve*

*fuit, aut potius nihil comparatione tue passionis.* No me limitaré, empero, M. A. O., á haceros una pintura de aquella inicua escena de dolores; reuniré en un vasto cuadro todas las amarguras que hubo de devorar el Corazón de María en el curso de su vida mortal, y este será el objeto de mi discurso. Unid, oh tierna Madre mía, mi llanto á vuestro llanto, mi sensibilidad á vuestras penas; mi compasión á la vuestra, hacia Jesús crucificado y muerto por nosotros: *Fac me vere tecum flere, crucifixo condolere, pœnas mecum divide.*

AVE MARÍA.

### PRIMERA CONSIDERACION.

AMARGURAS DEL CORAZÓN DE MARÍA DESDE SU NACIMIENTO HASTA SU VUELTA DE EGIPTO.

El nombre de María significa *Océano de dolor*; su vida entera justificó la significación de su nombre (*Thaulero*). Sus penalidades, bien así como su inteligencia, adelantáronse en ella á la edad ordinaria de la razón. No bien ésta recibió los primeros resplandores, cuando ya María tuvo conocimiento de las infidelidades de la nación judía, y de los crímenes horrendos que reinarían en el paganismo. ¡Espectáculo desgarrador para un corazón tan puro y fiel! Cuanto más avanzaba en la carrera de la vida, dice San Agustín, más cruelmente la punzaban las espinas de la tribulación: *Quanto crescebat ætate, tanto tribulationum spinis pungebatur.* Veces mil en su soledad profunda, exhaló su corazón esta amarga queja: «¿Cuándo será conocido y adorado como merece el gran Dios del Universo?» El Mesías prometido al mundo no puede tardar, porque ya no existe el cetro en la casa de Judá, y las setenta semanas predichas por Daniel tocan ya á su término. Hé aquí el momento en que Bethleem va á ver salir de su seno á Aquel cuya generación es eterna, destinado á reinar para siempre en Israel. Enviad, oh Cielos, á la tierra ese rocío por tanto tiempo esperado: haced llover al Justo por excelencia, que ha de reconciliar con Dios un mundo culpable; brote sobre este desventurado suelo el Salvador de las naciones. Mas ¡cómo acogerá un siglo orgulloso á Aquel que Isaías llama el último de los hombres, á causa de su profunda humildad? *Novissimum virorum?* (Is., LXIII, 3). ¿Cómo mirarán unos corazones henchidos del amor desordenado á los bienes terrenales, al que Zacarías caracteriza por su pobreza y sencillez? María consideraba temblando la misión impuesta á ese Reparador á quien contempla cargado con todas las iniquidades del mundo. ¿Y cómo no había de considerarle de este modo, ella para quien los oráculos proféticos nada tenían de oscuro, como no fuese lo que se refería á su propia

persona? Así es como empieza á gustar anticipadamente toda la amargura del cáliz reservado al Redentor, sobre todo al reflexionar acerca de estas palabras de Isaías: «Los castigos que nos atraerán la paz han venido á caer sobre El, y con sus llagas hemos sido sanados:» *Disciplina pacis nostræ super eum, et livore ejus sanati sumus.* (IBID., 5.)

En el Templo de Jerusalén pasa esta incomparable Virgen los primeros años de su infancia. Creeríase que aquel Templo tan santo y tan augusto no la ofreciese más que los consuelos de la piedad y los dulces transportes de un amor ferviente. Pero ¡ay! Ella ve las innumerables profanaciones que allí se cometen; es testigo del vergonzoso tráfico ejercido bajo sus bóvedas; quéjase amargamente á Dios al ver aquella casa de oración, destinada á asilo de las lágrimas, del arrepentimiento ó de la inocencia, convertida en guarida de ladrones, en albergue de maldad y de injusticias. ¿Y cómo no advertir la hipocresía de tantos falsos adoradores, que sólo adoran á Dios con el borde de sus labios, pero tienen muy lejos de él su corazón? (MATTH., xv, 8.) Ved ahí, A. O. M., el origen de los gemidos de esa cándida paloma, cuyas angélicas miradas nada ven capaz de consolarla, pues que todo conspira á hacerla sufrir y llorar.

No bien ha regresado al techo paterno, cuando el inocente José se presenta á dividir con ella sus destinos. Como ella, ve correr por sus venas la sangre de David; pero como ella también hállase reducido á una envilecedora pobreza. María consiente en participar de sus humillaciones é indigencia; porque el Cielo, que la ha instruido anticipadamente, la ha impuesto esta ley; si bien no vacila en manifestar á José los compromisos inviolables que ha contraído con su Dios. ¿Y quién sabe si José, atraído por el espectáculo de tantas virtudes, no los había contraído á la vez! Apenas comienzan á habitar bajo un mismo techo, cuando el Angel Gabriel es enviado del Cielo á anunciar á María sus dichosos destinos, José lo ignora... ¡Ah! ¡Si conociese el precio del tesoro que posee! Mas la humildad de María obligala á guardar silencio; pues no conviene que ella misma anuncie á su esposo lo que se ha operado en su seno, siquiera haya de ser víctima de las más injuriosas sospechas. ¿Y cómo podría sustraerse á ellas? Preciso será que aquel astro brillante aparezca oscurecido á los ojos del más santo de los hombres; preciso que esa azucena pura y cándida no sea juzgada exenta de mancha; preciso que esa rosa purpurina y sin espinas parezca descolorida y ajada... ¡Y Vos, Virgen incomparable, no podéis destruir semejantes juicios! ¡Y Vos, Sol radiante, no tenéis otro recurso que la protección divina, que aún no puede manifestarse, ni otro asilo más que vuestra inocencia y vuestro dolor! *Dolor meus super dolorem: in me cor meum mcerens.* (JER., VIII, 18.)

El Cielo, empero, no tarda en salir á su defensa. Mas ¡cuántas tribulaciones la están reservadas todavía! Acércase la hora de nacer su Hijo que es á la vez su Dios. Fuerza es encaminarse á Bethleem en cumplimiento de las órdenes del César. Allí debe nacer el Mesías, según la predicción de Miqueas; y allí también debe comenzar con

su divina Madre la carrera de sus oprobios y humillaciones. Ningún asilo se encuentra para el Dios del Cielo y la Reina de los Angeles. María en verdad poco se afecta por los desprecios y la indiferencia que á ella misma la atañen; empero, ¿cómo podía mostrarse insensible á los desdenes de que va á ser objeto su Divino Hijo? ¡Oh! Si el secreto que se la ha confiado no fuera inviolable, hubiera podido decir justamente á los Bethleemitas: «Vosotros os creéis honrados con poseer el sepulcro de Raquel; enumeráis entre vuestras glorias el nacimiento de Benjamín á quien ella dió la vida á expensas de la suya propia; sabed, pues, apreciar un honor que las generaciones todas os envidiarán inútilmente. Yo llevo en mi seno al Salvador del mundo. Humillaos, grandezas humanas; abríos, magníficos palacios, y haced lugar al Rey de la gloria de quien soy Madre. Si yo soy pobre, El es rico: el Orbe todo le pertenece; si soy débil, El es fuerte: con una sola palabra puede crear mil mundos.» Pero María se ve obligada á observar silencio y á guarecerse en un establo abandonado. ¡Qué palacio para el Rey de Reyes!... Unos viles animales, ¡qué corte!... Un poco de paja, ¡qué trono!... Un pesebre despreciable, ¡qué cuna!... Unos pobres harapos, ¡qué regia púrpura!... Jesús sale de su seno como los rayos del sol á través de un cristal, y María lo recibe en sus brazos. ¿Expresaré su felicidad, ó pintaré su dolor? Si al contemplarle por la vez primera experimenta el más dulce júbilo, ¿no experimenta también la más viva amargura? Ella quisiera poder indemnizarle de la indiferencia de todos los hombres, y de la profunda soledad en que le dejan; mas sólo la es dado sufrir y lamentarse. ¡Oh Hijo mío! diría: ¡de cuántos dolores está hoy mezclada mi dicha! ¡Cuánto me hacen gemir tus atractivos, tu amabilidad, y tus perfecciones desconocidas! *Doleo super te, decore nimis, et amabilis.* (II. REG. I. 26.)

No tardará María en llevar al templo su Divino Hijo, pues no es posible, sin darse á conocer, sustraerse á la ley común que afecta á todas las mujeres ordinarias. Preciso es que parezca purificarse, ella que es tan brillante como el sol, bella como el astro de la mañana, y en virtud de su inocencia, terrible al infierno como un ejército en orden de batalla. No sin gran sentimiento ve á su Divino Hijo sometido á una ley que sólo obliga á los descendientes de Adán pecador. No obstante, María se dirige al Templo; allí encuentra al anciano Simeón, llevado á aquel sitio por una inspiración celestial, y lleno de santa alegría al contemplar á Aquel que de largo tiempo venía siendo el objeto de sus incesantes votos. Toma en sus brazos al divino Infante y entona el cántico de despedida, porque ya sus ojos nada tienen que ver en la tierra capaz de interesarle. «Ya, Señor, exclama, habéis cumplido la promesa que hicisteis á vuestro siervo, y en su consecuencia voy á dormir en la paz de los justos, reuniéndome á mis antepasados, puesto que ya he contemplado al Salvador prometido, y está en el mundo la luz que debe iluminar á las naciones y llenar de gloria al pueblo de Israel.» (LUC. II. 29. 32.) «Iré á anunciar á Adán y Eva, que va á ser aplastada la cabeza de la infernal serpiente; iré á decir á Abraham

que todas las naciones van á ser bendecidas en el que acaba de nacer de su stirpe; iré á noticiar á Jacob, que ha venido el Salvador que esperaba después de haber sido despedazado el cetro de Judá; iré á manifestar á Isaías, que floreció ya la raíz de Jessé, y que la Virgen incomparable, vaticinada por él como un prodigio inaudito, acaba de dar á la tierra al celeste Emmanuel; iré á declarar á David, que ha aparecido ya el Santo de los Santos y que no tardará en consumarse la eternal justicia sobre la cabeza de la más augusta de las víctimas. Pero, en cuanto á vos, Madre infortunada, nada puedo anunciaros sinó tribulaciones, y un porvenir preñado de tormentas. Ese querido Hijo, que os ha hecho la más ilustre de cuantas criaturas salieran de las manos del Omnipotente, á la vez que viene á anunciar la salvación á un gran número de justos, viene á pronunciar la sentencia de reprobación contra una multitud infinitamente mayor de pecadores endurecidos y obstinados: *Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel*. El será, respecto de estos últimos, un objeto constante de contradicción y de persecución violenta: *In signum cui contradicetur*. (IB. 34). Le veréis perseguido con inexplicable encarnizamiento de odio y furor que no concluirá sinó cuando haya sucumbido el Justo por excelencia; y en aquel día de luto y de espanto, una espada penetrante de dolor atravesará vuestra alma maternal: *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius*. (IB. 35). Morid, quejumbrosas tortollas, palomas inocentes, víctimas prematuras; no por éso salvaréis de la muerte á Aquel cuyo rescate parece pagáis desde la aurora de su vida; El mismo debe rescatar al mundo con su sangre; el sacrificio de la tarde será bien distinto del de la mañana. Tal es, oh Hija de los reyes de Judá, la hostia adorable que venís á ofrecer en el templo: *Voces adorandum caput*. (HYMN. ECCL.)

María regresa á Bethleem con el espíritu absorto en estas tristes ideas, que ya no la será posible desterrar de su corazón. La leche que proporcionara el primer alimento á su Divino Hijo, la recordará la hiel y vinagre que deben servirle de brebaje en el último día de su vida; los pañales con que le envuelve la representarán los cordeles con que ha de ser atado su sagrado cuerpo; cuando sus brazos maternales sostengan esa preciosa carga, pensará en el cruel instrumento del suplicio de que un día estará pendiente; al contemplar sus párpados cerrados por el sueño, meditará en el eterno sueño de la muerte que le espera: *Eum lactans cogitabat de felle et aceto; quando fasciis involvebat, funes cogitabat quibus ligandus erat; quando gestabat, cogitabat in cruce crucifixum; quando dormiebat, cogitabat mortuum*. (ENGEL., de Revelatione S. Brigit.)

Mas ¿qué ruído es ese que viene á turbar el reposo de María? Tal vez es la única noche que ha gustado las dulzuras del sueño desde el fatídico vaticinio de Simeón; y hé aquí un Angel que la pone en la más cruel alarma. «Levántate, José, dice el celeste mensajero, toma contigo al Niño y su Madre, y huye presuroso á Egipto; porque Herodes va á buscar á Jesús para sacrificarle.» ¡Terrible mensaje! ¿Y qué ha

hecho ese Hijo querido para perseguirle con tanto furor? ¡Oh! ¿No valia más no ser madre, para no estar sujeta á tan horribles alarmas? *Si sic mihi futurum erat, quid necesse fuit concipere?* (GEN. XXV, 22.) Mas ¡ay! que si Jesús escapa de una muerte menos dolorosa, es para sufrir otra mil veces más cruel. Esas víctimas inocentes que sucumben en su lugar, apenas sentirán el mortífero hierro que va á degollarlas; en tanto que los gritos y lamentos de sus desconsoladas madres resonarán en las colinas de Ramá y de Bethleem, los pequeñuelos infantiles volarán al Cielo á recoger las palmas obtenidas sin combate; pero Aquel por quien ellos triunfan, no obtendrá la suya sinó después de una larga carrera de tribulaciones y tormentos.

## SEGUNDA CONSIDERACIÓN.

AMARGURAS DEL CORAZÓN DE MARÍA DESDE SU REGRESO DE EGIPTO  
HASTA EL CALVARIO.

Muerto Herodes, José y María volvieron con Jesús á Nazareth. Este regreso es para María un motivo de susto y de estremecimiento. ¿Podía ignorar acaso que cada paso que da la acerca á los funestos sitios donde debe consumarse un deicidio?

La primera escena de dolor que ocurre á mi imaginación en este período, es cuando María, habiendo perdido á Jesús en el templo de Jerusalén, se vió luchando con las más crueles angustias, buscándole inútilmente durante tres días, preludio de aquellos otros tres que su sagrado cadáver debía descansar en el sepulcro. Paréceme oírle exclamar, como la Esposa de los Cánticos: «Hijas de Jerusalén, si por ventura veis á mi amado en alguna parte, conjuradle que no prolongue más su ausencia de mis ojos, porque muero de dolor y de amor.» *Filia Jerusalem, si inveneritis dilectum, dicite ei quia amore langueo*. (CANT. V, 8.)

Encuéntrale por fin en el Templo sentado en medio de los doctores, asombrados con la sabiduría de sus discursos. «Hijo mío, le dice, ¿por qué has obrado así con nosotros? El que en la tierra reconoces por padre ha participado de mi solicitud, y ámbos os hemos buscado de un lado á otro llenos de aflicción.» *Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes quærebamus te*. (LUC. II, 4.) Empero el divino Niño, queriendo acostumar á su tierna Madre á sacrificios de una índole más rigurosa, no responde á estas quejas sinó con reprensiones aparentes. «¿Y por qué me buscabais? les contesta. ¿Ignoráis que tengo un Padre en los Cielos, y que ante todo debo llenar la misión que me ha confiado, y mostrarme obediente á su voluntad suprema?» *Quid est quod me quærebatis? Nesciebatis quia in his que Patris mei sunt oportet me esse?* (IB. 49.)